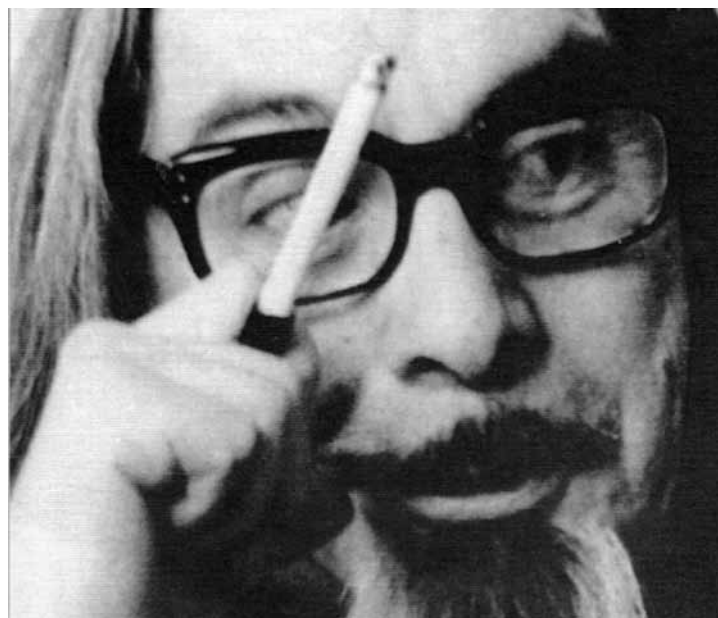


# Las vicisitudes del Caballero

Don José Revueltas en su azaroso  
encuentro con Hegel,  
Gran Maestro de la Metafísica

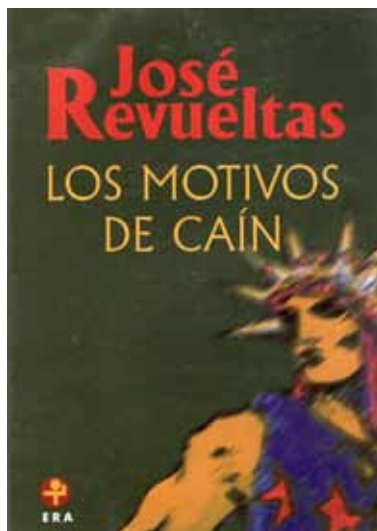
*Jaime Augusto Shelley*



SABEMOS LOS QUE EN ALGÚN MOMENTO estuvimos cerca de José Revueltas, que su origen ideológico era, como lo fue para prácticamente todo revolucionario del XIX y el XX, derivación de la tradición cultural judeocristiana.

Es decir, esa mezcla informe que la religión católica adereza, con elementos de la antigua tradición judía (que provenía troncalmente de los caldeos), más los filósofos clásicos griegos (un compuesto bien sazonado, en razón de claridades metodológicas aplicable, venidas de Sócrates, Platón y Aristóteles) y otras, arrastradas de los Evangelios o, para ser precisos, de los que se dice que escribieron sobre los “hechos y dichos” de Jesús Bar Josef, (*Jesús hijo de José*), uno, dos o tres siglos después de ocurridos los eventos.

Esta mezcolanza, sin embargo, surtió un efecto abrumador sobre la cultura occidental durante muchos, muchos siglos. Entre otras cosas, impidió, más aún, prohibió, de manera tajante, el desarrollo de todo pensamiento crítico.



Vayamos al principio: un siglo antes de Sócrates, Platón y Aristóteles, se da una gran batalla ideológica por demás plural. No entraremos en pormenores por razones de brevedad. Las dos grandes líneas que se enfrentan decidirán la *manera* como se dará el desarrollo de la civilización.

Tales de Mileto propone: *Lo que es, es; lo que no es, no es*. Principio absolutista que servirá, más tarde, para la negativa a todo cuestionamiento y una obediencia ciega a los dogmas. ¿Crear en Dios es algo que no requiere de dudas, de análisis? ¡Claro que no! Está prohibido dudar. Fin de la Historia.

En el campo contrario, Heráclito se sienta frente a un río y se dice: *el río es y no es, al mismo tiempo*.

Y, todavía mejor: *se es y no se es, al mismo tiempo*.

Percepción de una esencia, el **cambio**, en todo acontecer humano. (Todos hemos experimentado esa percepción, aún sin comprenderla). El mundo de la **apariencia** y el mundo de la **esencia** que se confrontan, que abren el camino del hallazgo de lo que yace más allá, o peor aún, más acá y que no hemos sabido aprehender, enclaustrados en la enseñanza del ordenamiento impuesto.

Por razones obvias, los poderes materiales y espirituales optaron por la primera propuesta; ésa que permitía a alguien asumirse de manera inamovible como jefe o líder o ser superior a los otros; y al pueblo, a su vez, a aceptarlo como un hecho natural. Las teorías científicas que han permitido un desarrollo material de la humanidad debieron verse, en su mayoría, aplazadas hasta que Georg Wilhelm Frederic Hegel, filósofo alemán del siglo XIX, rescató del basurero de la Historia

el pensamiento de Heráclito y lo ubicó en el centro de la metodología científica y filosófica.

La renacida y mejorada dialéctica, con su pujante lucha de contrarios, reavivó radicalmente el ejercicio del pensamiento y lo hizo crítico, rompiendo así los moldes sofocantes de la creencia simple, de la sumisión ideológica y de la estética basada en la repetición de modelos aceptados como únicos e inalterables.

Larga entrada en materia, se dirán algunos. Y es que, si no aportara estos datos, escuetos por demás, sería difícil entender, así sea epidérmicamente, el fenómeno causal y casual de la obra de José Revueltas, y más específicamente, del cuento *Hegel y yo*.

Entremos, ahora, en el espíritu mesiánico, de sacrificio y la expiación de la culpa, pilares tanto de la tradición judeocristiana como de la literatura de José Revueltas.

A muy temprana edad, Revueltas ingresó en las filas de los que, por amor, deseaban cambiar las condiciones de vida de los mexicanos. En esos tiempos, ello le significó no sólo ir a la cárcel, sino ir a la más aterradora y remota, las Islas Marías, tal se tratase de un peligrosísimo delincuente. Y era apenas un adolescente. Tenía dieciséis años. Como han de suponer, esa experiencia lo marcó para siempre. En lo bueno y en lo malo.

Y, si alguna vez se adentran en sus obras, reconocerán ahí su signo inconfundible: la *situación límite* como elemento indispensable de la trama.

La consciente, o inconsciente, certeza que tenía de que, ineludiblemente, habría de ser traicionado, vendido a sus enemigos, dejado expuesto a terribles sufrimientos, rondan tanto su literatura, como su vida personal: nunca se sintió a salvo de nada.

A su llegada a la ciudad de México, donde residía ya su madre, sus hermanos se hicieron cargo de él. Bueno, hacerse cargo es un poco exagerado. Su hermano Silvestre, el gran músico y compositor, no lo era tanto en ese entonces. Apenas un muy meritorio aspirante, cuya proclividad al alcohol jugara un papel fundamental en su vida y, por supuesto, en su muerte.

Muchos de los amigos de Silvestre eran connotados comunistas. Así que por una inclinación, que debo suponer más amorosa que ideológica, él también ingresó al partido comunista. Y por supuesto, su hermano José, que profesó siempre un inmenso e inextinguible amor por el genial músico. Otro hermano, pintor, de nombre Fermín, murió joven, podría decirse que trágica y prematuramente. Una hermana, Rosaura, alcanzó reconocimiento como actriz en el cine, en particular por una cinta realizada en los Estados Unidos, *La Sal de la Tierra*, que trataba de trabajadores inmigrantes mexicanos, allá por los años 40 o 50. Ella sobrevivió a sus hermanos y murió de edad avanzada en Cuernavaca.

José, joven y lleno de vehemencia, entró de lleno, entre otras actividades proselitistas, en el de la asistencia solidaria. Junto con Juan de la Cabada ofrecía desayunos a los desamparados en el Cuadrante de la Soledad, por el centro de la ciudad. Se levantaban temprano y se iban a comprar lo que podían, ignoro qué o cuánto. Sí sé que de allí emergió una obra de teatro llamada así, *El Cuadrante de la Soledad*. Revueltas fue severamente acusado de “existencialista” y casi expulsado del partido. Neruda lo rescató.

Era costumbre en aquellos días de Ávila Camacho, Miguel Alemán, Ruiz Cortines, etcétera, que cada vez que había una visita de algún dignatario extranjero a nuestro país, la policía apresara, anticipadamente, a los “sospechosos de siempre”, conocidos comunistas y simpatizantes, a los que tenían perfectamente detectados. Se bromeaba al respecto: de cada tres miembros del partido, uno era **oreja**.

De esta manera, José y algunos de sus camaradas visitaron, con frecuencia, los separos policíacos. Ignoro cuántas veces José dio con sus huesos en una celda. Y no eran, para nada, visitas amables; por lo común, se hacían acompañar de maltratos y palizas de mayor o menor grado, dependiendo de las circunstancias y las órdenes recibidas al respecto. El Partido Comunista Mexicano era una organización muy pequeña, semi clandestina, fuera de la ley que, se decía, seguía los lineamientos políticos emanados del Politburó de Moscú. Era, en suma, estalinista. Y muy ardiente.

Cuando Jruschov denunció en un Congreso de los Soviets, al final de los cincuenta o al empezar los sesenta, los crímenes cometidos por Stalin, se produjo el principio del fin del sistema soviético. El edificio autoritario se desmoronó y el mundo veía cómo, en muchos países donde el comunismo representaba una fuerza política muy significativa, Francia e Italia, a la cabeza, la desertión de miembros y simpatizantes resultó cuantiosa.

También se empezaron a cuestionar otras formas estructurales, de carácter ideológico. Teóricos de renombre iniciaron afanosamente una serie de pesquisas acerca de las posibles desviaciones de la teoría marxista original. Quiero suponer que la mayor parte de estos estudiosos eran bienintencionados y buscaban, tan sólo, recomponer la línea del Partido y avanzar nuevamente en la dirección correcta. Seguramente, debió influir en todo este proceso, la amenaza que ello representaba para los viejos comités centrales de cada país, ostensiblemente autoritarios y obviamente de línea dura, estalinista.

El caso es que aquellos que se atrevieron a alzar la voz para pedir una explicación, un cambio o reforma, fueron expulsados. La línea conservadora prevaleció y mucha de la mejor gente fue considerada enemiga, más aun que la burguesía o el imperialismo. La mayor parte de las actividades de los dirigentes estuvo encaminada a desmentir, ofender y atacar a sus antiguos correligionarios.

José Revueltas y la célula en la que militaba, la Carlos Marx, de la ciudad de México, constituida por intelectuales, presentaron una actitud inquisitiva y solicitudes de mayor información por parte del Comité Central, por lo que fueron expulsados. No eran los primeros, ni serían los últimos. Lo que marcó una





diferencia es que la célula decidió continuar la lucha y buscar otros espacios. Lo único que apareció en el horizonte fue una organización encabezada por Sánchez Cárdenas, quien también había sido expulsado del Partido que se denominó, al agrupar a diversos grupos disidentes, Partido Obrero-Campesino. Ese partido inició con buen pie y reunió a viejos militantes que se habían desligado del comunista por múltiples razones, y jóvenes que iniciaban su vida partidista. La cuestión fue que Sánchez Cárdenas, un político hábil y carismático, creyó en una política negociadora, aliancista con el Gobierno. Más cerca del modelo Lombardo Toledano que de la novedosa y atrayente Revolución Cubana.

Revueltas y sus camaradas consideraron esta postura como una traición a los principios revolucionarios y volvieron a separarse.

Había ya entonces un germen de idea venido de una larga militancia: lo que en verdad la revolución necesitaba eran cuadros políticos bien formados, una verdadera vanguardia, y no esos meros seguidores sin educación política. Y es de ese modo como se origina, con elementos por demás modestos, la Liga Leninista Espartaco. La idea: crear un núcleo de investigación, análisis y estudio teórico del más alto nivel posible. Todo iba muy bien, excepto que México, desde finales de los años cincuenta y a lo largo de los años sesenta, se vio mecido y remecido por una multitud de contradicciones y confrontaciones sociales, políticas y culturales, de gran complejidad.

Y entonces, el idílico proyecto de la Liga Espartaco se vino abajo. Un grupo impaciente de militantes, exasperados por lo que consideraban una falta inaceptable de participación en la vida política, expulsó a los dirigentes

renuentes, empezando por Revueltas, y se apoderó del mando de la organización, decidido a entrar, de lleno, en una lucha frontal con el gobierno.

Entretanto, otras luchas se llevaban a cabo a lo largo y ancho del país. La inmovilidad social seguía siendo una de las expresiones que mostraban, con mayor insidia, la esclerosis del sistema. Y es así que llegamos a la crisis final del 68.

El largo, enriquecedor e inédito proceso que hizo posible, gracias a esos diez años de acumulación política y aprendizaje organizativo, la existencia de los Comités de Lucha o, más tarde, Consejo Nacional de Huelga, en cada Escuela o Facultad, de Universidades o Escuelas de Altos Estudios, a nivel nacional acabó acribillado, no por las balas, sino por el miedo. El miedo al miedo. Eran clases medias. Fue la primera vez que el sistema arremetió contra los suyos. Y allí acabó su predominio político. Y México empezó a ser *otro*.

Al producirse el *bazukazo* en la Prepa y su serie de actos represivos y arrestos indiscriminados múltiples, y no sé si antes o después de la marcha encabezada por el Rector Barros Sierra, a iniciativa de Pepe, convocamos a una Asamblea de Intelectuales, Escritores y Artistas. Se había establecido un centro de operaciones en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de CU. Todo aquel que vivía la misma indignación que nosotros se apersonó. Fue tal la cantidad de personas asistente que se hizo necesario trasladar la sede al auditorio Che Guevara. Muy emotivo resultó ver a lo mejor de nuestra cultura dispuesta a participar.

Para el que algo recuerde de la Guerra Civil Española, el llamamiento a la solidaridad con la República que hicieran las fuerzas de izquierda de ese entonces (si mal no recuerdo conocida como la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios), tenía el mismo dejo romántico en la propuesta de hacer de esa primera reunión algo permanente. De tal suerte que pasó a ser Asamblea Permanente, cuya finalidad era expresar y mantener vivo su apoyo solidario a la causa universitaria. Revueltas fue elegido presidente.

Debo hacer notar que no había comunistas por allí, al menos no oficialmente. El partido decidió que

se trataba de una disputa interburguesa, que no interesaba en la lucha del proletariado. Fue ya al final del movimiento que los del partido pretendieron encabezar o aparentar encabezar lo que quedaba del movimiento. ya en la postrer y más desenfrenada cacería de brujas, después de la toma de Cu, Tlateloco y demás, Revueltas fue capturado. Al ser aprehendido dijo textualmente: “soy culpable de todo, ¿dónde firmo?”.

Poco después se le envió al Palacio Negro de Lecumberri, lugar donde, poco a poco, fueron reuniendo a todos los inculcados. (Cuando le pregunté, años después, por qué había actuado así, él, con una sonrisita pícaro, me explicó: “yo, lo único que quería, era evitarme las vejaciones y la tortura”.)

En medio del infortunio, a José le tocó en suerte tener, como vecino de celda al dr. Elí de Gortari, maestro distinguido de la Escuela de Filosofía de la UNAM. Accidente por demás feliz, ya que don Elí se dio a la tarea, tanto tiempo pospuesta, de hacerle legibles a Pepe los trabajos de Hegel. Gracias a lo cual, pasó de ser, según sus propias palabras: “de marxista-leninista, a revolucionario pos-hegeliano”.

Y una vez dada esta larga, aunque espero fructífera, circunvolución, entremos de lleno en materia, es decir, en *Material de los Sueños*, y más concretamente, en el cuento “Hegel y yo”.

José era autodidacta. Carecía de una educación académica formal. Había leído muchísimo. Nunca dejó de leer y de estudiar. Podría decirse que su vasta cultura tenía, gracias a esa libérrima aproximación al conocimiento del autodidacta, un horizonte de posibilidades cognoscitivas infinitamente mayor que la de un licenciado o doctor. La razón es sencilla: no acotaba su campo de investigación, a la manera de un erudito que se aplica a cierta materia, sino que un tema lo llevaba a la búsqueda de respuestas en múltiples disciplinas, las que iba integrando a su proceso de comprensión de modo integral.

En otras palabras, era un filósofo *verdadero*, como lo define Platón. Un ser virtuoso en busca de la verdad. Pero sucede, siempre sucede, que no es posible abarcar *todo* el conocimiento. Hay lagunas aquí y allá, asuntos



que hemos dejado de lado, por una razón u otra, por no considerarlos de importancia, por repugnancia o por desinterés. Y ese fue el caso de Pepe respecto a Hegel. De pronto, en sus estudios se topó con el periodo del desarrollo de Marx, y de su más distinguido profesor, al que la escuela dogmática post-marxista desdeñaba por considerarlo un *pensador idealista*. Sin embargo, durante los ciclos de lecturas de *El Capital*, cuando se empezaba a discutir la metodología del *Moro*, aparecía sin falta un fantasma recorriendo las discusiones. El dr. Ricardo Guerra, que coordinó esas reuniones, sugería, invariablemente, leer, comentar, revisar, como algo complementario e indispensable, los trabajos de Hegel. En cierta ocasión, Pepe confesó, un poco exasperado: “es que no le entiendo”. Debo, en realidad, suponer que, a esas alturas, Revueltas había desarrollado una especie de bloqueo mental a ese respecto.

Años después, en 1973, recibí una carta, dirigida a la oficina de la revista *La Palabra y el Hombre*, que yo coordinaba. Era de Revueltas. Empezaba, después de los saludos obligados, diciendo: “¡Ya entendí a Hegel!”. Y agregaba que me enviaba un cuento para su publicación. A continuación, una nota: “hazle las correcciones que consideres necesarias”. Era una de sus invaluables virtudes, la humildad, al menos en lo tocante a cuestiones literarias y de amistad. Por supuesto, no encontré cambios que hacer. Me encantó el texto y apareció en la primavera de 1973, y un año después, el libro, publicado por Ediciones Era. ■